

**Paulette Gabaudan**  
**(8/5/1924 – 30/3/2024)**

Du haut en bas de l'échelle sociale L'EXEMPLE  
est la plus belle forme de L'AUTORITÉ.



Paulette Gabaudan cursó estudios de letras puras (Francés, Griego y Latín) en la École Normale Supérieure de París, una institución de élite creada en el siglo XIX a la que accedían los mejores estudiantes de Francia y de la que han venido saliendo los cuadros de la universidad y de la alta administración francesas. Allí contó con excelentes profesores; entre otros, Pierre Fouché, el último gran fonetista histórico francés. Su espíritu inquieto la llevó a optar por Lenguas Modernas a la hora de licenciarse y, al tener el español como primer idioma extranjero, dispuso de una estancia de dos

años en España para perfeccionar la lengua y preparar su memoria de licenciatura bajo la dirección de Marcel Bataillon. El primero transcurrió entre Sevilla y Madrid y el segundo, en Salamanca. Ahí conoció a un joven profesor, Luis Cortés, romanista de formación, que se decantaría por el francés y con el que se casaría.

Paulette había ganado una plaza de catedrática en Francia, pero solicitó el lectorado de la Universidad de Salamanca, un puesto que acabaría ocupando durante muchos años. Aunque no es desdeñable el papel desempeñado por los lectores en ese tiempo –y aun después– para mantener los escasos cursos de lenguas extranjeras que ofrecía la universidad española, lo cierto es que cambiaban de destino muy pronto, mientras que la profesora Gabaudan se convirtió, excepcionalmente, en lectora permanente. Tal circunstancia, junto con los métodos nuevos que traía y el trabajo infatigable, codo con codo, con su marido, propiciaron la puesta en marcha de la sección de Francés. Y lograron en pocos años tan buenos resultados que en 1952 se implantó en Salamanca la primera Licenciatura en Lenguas Modernas de España, que se impartiría poco después también en Madrid, Barcelona y, sucesivamente, en otras universidades. Para ello, hubo de vencer la firme oposición de los colegas de la Facultad de Letras que temían convertir esta en una academia de idiomas. Eso explica que la ambición de los

nuevos planes de estudio fuera la de emular la composición de las materias correspondientes de Lingüística y Literatura españolas en la Licenciatura de Románicas, a las que se añadían la práctica de la lengua y la iniciación a la cultura extranjera; una estructura que se ha mantenido, al menos hasta la implantación de los grados.

Otro de los escollos a los que tuvo que enfrentarse desde un principio fue la idea, muy extendida en la Facultad, de que no se les debía exigir mucho a las jóvenes que cursaban Letras –más numerosas ya entonces entre el alumnado– porque la mayoría de ellas no iban a ejercer. Ella, educada en otra cultura, no podía estar más en desacuerdo: la formación era el único camino para que las mujeres alcanzaran la necesaria autonomía en la vida y respecto de sus maridos, de modo que empleó todas sus fuerzas y su buen hacer en que salieran bien preparadas.

Cortés ganó la cátedra de Filología Francesa, la primera de su especialidad, y en la Universidad de Salamanca, y años más tarde se creó el Departamento de Francés. La profesora Gabaudan renunció a hacer carrera en la universidad española –empresa, por lo demás, nada fácil para las mujeres en esos años–, sin que ello mermara un ápice su afán por formar a especialistas en lengua y literatura francesas. Alumnos suyos fueron, entre otros, Ricardo Senabre y José Antonio Pascual, que se decantaron por la Teoría de la Literatura y la Lingüística española, respectivamente; y, en el ámbito francés, Francisco Javier Hernández, Roberto Ruiz Capellán, Elena Real, Jesús Cascón o Luis Gastón, por citar a quienes ocuparon cátedras en otras universidades. Siempre se sintió orgullosa del plantel de profesores que había contribuido a preparar en el transcurso de esos años tan fructíferos, tanto de universidad como de secundaria y repartidos por toda la geografía española.

Los alumnos y discípulos nos dirigíamos a ella con un respetuoso *Madame*, de modo que pasó a ser *la Madame* por antonomasia en el mundo universitario salmantino y aun fuera de él. Sus clases en quinto curso aunaban la práctica de la lengua y la traducción con el análisis de textos literarios, junto a exposiciones orales y redacción de numerosas disertaciones o trabajos, y la evaluación final era de carácter oral frente a varios profesores. Su nivel de exigencia, muy elevado y no siempre bien comprendido, iba a la par de su capacidad de entrega. Inmersa en esa tarea, hubo de topar con la iglesia a pesar de ser creyente. Buena parte de los autores franceses figuraban en el *Índice de Libros Prohibidos*: Montaigne, Pascal, Voltaire, Rousseau, Gide, Sartre..., con sus obras completas, o bien novelas como *Madame Bovary*. Para leerlos, los estudiantes tenían que obtener el permiso del obispo so pena de quedar excomulgados. Aunque el *Índice* se suprimió en 1966, sus desencuentros con el obispado continuaron durante años. Ni que decir tiene que nunca cedió a las continuas llamadas de atención.

Como complemento a la docencia, Madame emprendió muy pronto otra tarea, extraordinariamente enriquecedora y para la que también había recibido formación en París: la representación de obras de teatro en francés –desde la Edad media hasta autores contemporáneos– formando una *troupe*, siempre renovada, con los alumnos de cuarto

y quinto, que ella dirigió con mano firme, comenzando por la actividad filológica que conlleva toda puesta en escena y siguiendo como capataz de carpinteros *amateurs* para los decorados y en la confección del vestuario. Fueron treinta y dos representaciones en total, de 1956 a 1988, que culminaron con ella sobre la escena, por primera vez, interpretando el monólogo *Oh ! les beaux jours* de Samuel Beckett. Representaciones que se llevaron también fuera de Salamanca, por las ciudades del oeste peninsular, desde Santiago a Sevilla. También en esto tuvo que salvar no pocas trabas, dada la escasa valoración que han tenido tanto el teatro escolar como el universitario en nuestro país.



*Le Jeu de Robin et de Marion* de Adam de la Halle (1983)

Paulette Gabaudan dirigió un sinfín de las añoradas *tesinas*, que consideraba la mejor preparación para encarar una tesis con garantías, y supervisó no pocas de estas. Su intensísima implicación en la docencia no le hizo dejar de lado la investigación, ni siquiera después de jubilarse, con trabajos sobre literatura francesa y literatura comparada, de los siglos XVII al XX fundamentalmente. Entre ellos, cabe destacar su extensa monografía sobre el *Romanticismo en Francia (1800-1850)*, publicada en 1979 y en español debido a la política del Servicio de Publicaciones de la Universidad de aquel entonces, y reeditada aún hoy bajo demanda. Y, por citar el más reciente, en 2020 una edición de *La Chanson de Roland* en Les Belles Lettres, con la traducción del cantar al francés moderno y en versos asonantados.

Su obra cumbre ha sido, no obstante, la primera y única interpretación de conjunto, rigurosamente documentada, del programa moral y político representado en la fachada rica de la Universidad de Salamanca, que lleva por título *Un imperio mítico* en su última versión. Una *Eneida* de piedra, en sus propias palabras, en la que se halla grabada una lección de coraje y prudencia, de fortaleza y justicia destinada a un joven emperador, pero que vale también para los estudiantes que a ella se asoman, a la conquista de una nueva vida. En su estudio lleva a cabo un ejercicio de literatura

comparada en el sentido más amplio del término, al aunar sus amplios conocimientos de cultura clásica, mitología e historia con hondas pesquisas en iconografía, heráldica, numismática, literatura áurea y documentos de cancillería.

Todavía en las últimas semanas, a punto de ser centenaria y con la lucidez de siempre, tenía ya redactada una adenda para la reedición del trabajo que la había ocupado los últimos treinta años. No en vano puso en él todo su saber y las capacidades de las que había dado sobradas muestras a lo largo de su vida: una fina inteligencia, dotes de liderazgo, iniciativa, entrega y una tenacidad a toda prueba. Todo lo cual queda reflejado en la cita colocada en exergo que, por una vez, no procede de un texto literario, sino del despacho de un hombre de empresa: la placa escrita en francés que, a modo de guía, acompañó desde sus modestos inicios a Cesare Romiti, director general de Fiat entre 1974 y 1998.

**Tomás Gonzalo Santos**  
*Universidad de Salamanca*